

The book cover features a stylized, monochromatic illustration in shades of blue and white. The top section shows a sky with white clouds and several birds in flight. Below this, a white horizontal band contains the author's name and title. The bottom section depicts a landscape with a dark, silhouetted mountain range in the background. A small white house is situated on a hillside to the right. In the foreground, the dark silhouettes of a man and a woman are shown sitting together on a grassy slope, looking out over the landscape. The overall style is minimalist and evocative.

**Maggie O'Farrell**  
**Tiene que ser aquí**  
Traducción de Concha Cardenoso

Daniel Sullivan y Claudette Wells son una pareja atípica: él es de Nueva York y tiene dos hijos en California pero vive en la campiña irlandesa; ella es una estrella de cine que, en un momento dado, decidió cambiar los rodajes por la vida en el campo, la fama por el anonimato. Ambos son razonablemente felices.

Sin embargo, esta idílica vida, trabajosamente construida entre los dos, se tambaleará cuando Daniel conozca una inesperada noticia sobre una mujer con la que había perdido el contacto veinte años atrás. Este hallazgo desencadenará una serie de acontecimientos que pondrán a prueba la fortaleza de su matrimonio.

*Tiene que ser aquí* cruza continentes y atraviesa husos horarios siguiendo a un heterogéneo grupo de personajes durante varias décadas para trazar el extraordinario retrato de una pareja, de las fuerzas que la unen y de las presiones que amenazan con separarla. Una epopeya íntima y cautivadora sobre aquello que abandonamos y aquello en lo que nos convertimos mientras buscamos nuestro lugar en el mundo.

Una novela, la séptima de la autora, que ha confirmado a Maggie O'Farrell como una de las más fascinantes narradoras británicas actuales.

A Vilmos

El mundo está más loco de lo que creemos, y todavía más, Incorregiblemente diverso.

Snow, LOUIS MACNEICE

## Tengo una sensación rarísima en las piernas

*Daniel, Donegal, 2010*

Un hombre.

Está en el peldaño, liando un cigarrillo. Hace un típico día variable, el huerto está exuberante, resplandeciente; las ramas, cargadas de lluvia que no cesa.

Un hombre, y ese hombre soy yo.

Estoy en la puerta trasera, lata de tabaco en mano, y veo algo entre los árboles, una silueta, al borde del huerto, donde los álamos se apelotonan contra la valla. Otro hombre.

Lleva prismáticos y una cámara de fotos.

«Un ornitólogo aficionado —me digo, mientras me paso el papelillo por la lengua—; los hay por estos parajes»; pero al mismo tiempo me digo: «¿De verdad? ¿Observando pájaros tan arriba del valle?»; y también: «¿Dónde estarán mi hija, el pequeño y mi mujer? ¿Cuánto tardaría en llegar a su lado, si fuera necesario?».

El corazón se me pone a mil, me golpea las costillas. Miro el cielo blanco con los ojos entornados. Me dispongo a salir al huerto. Quiero que el tío ese sepa que lo he visto, que vea que lo veo. Que se percate de lo grande que soy, de mis músculos de antigua estrella de la pista de atletismo (un poco más flojos, menos recios ahora, tengo que reconocerlo). Quiero que se imagine quién saldría peor parado si nos enfrentáramos. No puede saber que no me he peleado en la vida ni tengo intención de hacerlo. Quiero que sienta lo que sentía yo cuando mi padre iba a castigarme por algo. «A mí tú no me la das», decía, señalándose el pecho con el índice, y luego a mí.

«¡A mí tú no me la das!», me dan ganas de gritar mientras intento guardar el cigarrillo y el encendedor en el bolsillo.

El tío mira hacia la casa. Veo el chispazo del sol en una lente y un movimiento del brazo, como para apartarse un pelo de la frente o apretar el disparador de la cámara.

Pasan dos cosas a toda velocidad: el perro, un lebrél irlandés bigotudo, patilargo y un poco artrítico, muy aficionado a dormir cerca del fogón, sale disparado por la puerta rozándome las piernas y se planta en el huerto soltando una andanada de ladridos graves; y aparece una mujer por una esquina de la casa.

Carga al pequeño a la espalda, lleva en la cabeza el típico sueste de los pescadores del mar del Norte y trae una escopeta en la mano.

Además, es mi mujer.

Esto último todavía me cuesta asimilarlo, no solo por lo inverosímil que es que un día este ser fabuloso accediera a casarse conmigo, sino también porque siempre manda el sentido común a hacer puñetas cuando menos se lo espera uno, como ahora.

—¡Por Dios, cariño! —digo con un gritito ahogado; me distraigo un momento pensando en lo aguda que me ha salido la voz. Decir poco viril sería quedarse corto. Ha sonado como si la regañara por elegir mal un objeto de decoración o por ponerse unos zapatos que no le combinan con el bolso.

Pasa por alto mi aflautada intervención (nadie podría reprochárselo) y dispara un par de tiros al aire.

Si, como yo, nunca han oído el disparo de una escopeta de cerca, permítanme decirles que el estampido es una explosión que revienta los tímpanos. Estallan luces de magnesio dentro de la cabeza, en los oídos pita la nota aguda de un aria, prolongada durante tres compases, y los senos nasales se llenan de alquitrán.

El estampido rebota en la pared de casa y en la ladera de la montaña y vuelve otra vez: una enorme pelota de tenis acústica que rebota por todo el valle. Mientras me agacho, me encojo y me tapo la cabeza, veo que el pequeño, curiosamente, ni se inmuta. Sigue chupándose el pulgar con la cabeza apoyada en la melena de su madre. Casi como si estuviera acostumbrado a esto. Casi como si lo hubiera oído muchas veces.

Me levanto. Me quito las manos de las orejas. A lo lejos, una silueta corre entre los matorrales. Mi mujer da media vuelta. Abre la escopeta de un golpe en el antebrazo. Llama al perro con un silbido.

—¡Ja! —me dice antes de desaparecer otra vez por la esquina de la casa—. ¡Para que aprenda!

Mi mujer, conviene que lo sepan, está loca. No en el sentido de necesitar medicación, vigilantes y personal de bata blanca (aunque a veces me pregunto si no los habrá necesitado alguna vez en el pasado), sino en otro más sutil, más aceptable socialmente, menos aparatoso. No piensa como los demás. Cree que amenazar con un arma a cualquiera que merodee por los alrededores de la casa, inocentemente con toda probabilidad, no solo es lícito, sino que en realidad es lo que hay que hacer.

He aquí algunas verdades sobre la mujer con la que me he casado:

- Está loca, como creo haber dicho ya.
- Es una ermitaña.
- Por lo visto está dispuesta a apuntar con un arma a quienquiera que amenace con descubrir su escondite.

Entro en casa flechado, tan flechado como puede un hombre de mi tamaño, para alcanzarla. Esto hay que dejarlo cla-

ro ahora mismo. No se puede tener una escopeta en una casa en la que hay niños pequeños. No se puede y punto.

Me lo voy repitiendo mientras me dirijo a la parte delantera, pienso iniciar la protesta con esas palabras. Pero al cruzar la puerta principal parece que entro en otro mundo. En lugar de la llovizna gris de la parte de atrás, un deslumbrante sol amarillo claro inunda el jardín, que brilla y centellea como si estuviera tallado en piedras preciosas. Mi hija salta a la comba, da su madre. Mi mujer, que hace solo un momento era un bulto oscuro e intimidante con una escopeta, un abrigo gris largo y una capucha como la de la muerte, se ha quitado el sueste y se ha metamorfoseado por arte de magia en su encarnación normal. El pequeño gatea por la hierba con las rodillas mojadas de lluvia y un capullo de lirio aprisionado en el puño, soltando gruñidos de satisfacción como si charlara consigo mismo.

Es como si apareciera de pronto en otra época completamente distinta, como si estuviera en uno de esos cuentos populares en los que uno cree que ha dormido una hora, más o menos, y al despertar se da cuenta de que lleva ausente toda una vida, que todas las personas que amaba y todo lo que conocía ha muerto y desaparecido. ¿Vengo del otro lado de la casa, o en realidad llevaba cien años dormido?

Dejo de pensar en eso. Hay que abordar el asunto de la escopeta ahora mismo.

—¿Desde cuándo —inquiero— tenemos un arma de fuego?

Mi mujer levanta la cabeza y me mira con dureza, desafiante; la comba deja de moverse.

—«Tenemos», no —dice—. Es mía.

Salida típica de ella. Parece que contesta, pero no es así. Se agarra a un elemento que no es el objeto de la pregunta. La esencia del salirse por la tangente.

Me mantengo en mis trece. Tengo práctica más que de sobra.



—¿Desde cuándo «tienes» un arma de fuego?

Encoge un hombro, desnudo, me fijo, y suavemente bronceado excepto una fina tira blanca. Noto que algo se me moviliza automáticamente un momento en mi ropa interior (es curioso que, en los hombres, estas cosas no cambien con la edad, que sigamos estando a una membrana de distancia de nuestro yo adolescente), pero vuelvo a centrarme en la discusión. No se va a salir con la suya.

—Desde ahora —dice.

—¿Qué es un arma de fuego? —pregunta mi hija.

—Las llaman así en Estados Unidos —dice mi mujer—. Se refiere a la escopeta.

—¡Ah, la escopeta! —dice mi dulce Marithe, seis añitos, duende, ángel y sílfide a partes iguales. Se vuelve hacia mí—. Papá Noel le trajo una nueva a Donal y él le dio la vieja a *maman*.

Esta novedad me deja un instante sin habla. Donal es un homúnculo maloliente que labra la tierra en el valle, más abajo. Digamos que tiene (y su mujer también, me imagino) problemas para controlar la ira. Donal Gatillofácil, podríamos llamarlo. Dispara a cualquier cosa que se menee: ardiillas, conejos, zorros, montañeros (es broma).

—Pero esto ¿qué es? —digo—. ¿Tienes un arma de fuego en casa y...

—Escopeta, papi. Di «escopeta».

—... una escopeta, y no me dices nada? ¿No lo consultas conmigo? ¿No te das cuenta de lo peligroso que es? ¿Y si uno de los niños...?

Mi mujer da media vuelta y el borde de la falda roza sinuosamente la hierba húmeda.

—¿No es casi la hora de llevarte al tren?

Me siento al volante, una mano en el contacto y el cigarrillo de antes entre los labios. Busco en el bolsillo un encendedor esquivo o una caja de cerillas. Tengo la intención de fu-

mármelo en algún momento antes de las doce. Solo me permito tres al día y ¡vaya si los necesito!

Entretanto hablo a voz en grito. Vivir en medio de ninguna parte tiene un no sé qué que incita a darse ese gusto.

—¡Vamos! —digo, admirando para mis adentros el volumen que llego a alcanzar, el eco que levanto contra el pie de la montaña—. ¡Que pierdo el tren!

Marithe parece ajena al alboroto, cosa encomiable por un lado e irritante por otro. Tiene en la mano un calcetín con una pelota de tenis o algo parecido dentro y está apoyada contra la pared de la casa, contando (en irlandés, percibo con un estremecimiento de sorpresa). Con cada número, *aon, dó, trí, ceathair*, da un golpe en la pared con la pelota, peligrosamente cerca del cuerpo. La observo y doy un par de voces. Lo hace bastante bien. Me sorprende preguntándome dónde habrá aprendido ese juego. Y no digamos el irlandés. No va al colegio, su madre le da clases en casa; lo mismo hizo con su hermano mayor, hasta que se rebeló y se matriculó por su cuenta (con mi ayuda, clandestinamente) en un internado inglés.

Por cuestión de horarios, a menudo tengo que pasar los días laborables en Belfast y vuelvo los fines de semana a este rincón de Donegal. Imparto un curso de lingüística en la universidad: enseño a los futuros graduados a diseccionar lo que oyen por ahí, a preguntarse cómo se construyen las oraciones, de qué manera se usan las palabras, y a intentar averiguar por qué es así. Siempre he centrado mi investigación en las formas de evolución de las lenguas. No soy un tradicionalista de esos que ponen el grito en el cielo y se rasgan las vestiduras por el deterioro que sufre la gramática y la decadencia en la propiedad del habla. No, me gusta el concepto de cambio.

Y por eso, dentro del restringidísimo campo académico de la lingüística, me he ganado fama de ir por libre. No es que sea un honor, pero es algo. Si alguien ha oído alguna vez un programa de radio sobre neologismos, desplaza-

mientos gramaticales o el modo en que los jóvenes usurpan y se apropian de los términos para subvertirlos y usarlos a su manera, probablemente fui yo el que intervino para decir que cambiar es bueno, que hay que estar a favor de la flexibilidad.

Una vez se lo dije a mi suegra por casualidad y, sosteniéndome un momento una mirada imperiosa y enmarcada en rímel, me dijo en su impecable inglés parisino:

—Ah, pues no, no lo habría oído, porque siempre apago la radio en cuanto oigo a un americano. Es que no soporto ese acento.

Acentos aparte, dentro de unas horas tengo que dar una clase de lenguas criollas y simplificadas centrada en una única oración. Si pierdo el tren no llegaré a tiempo. No habrá clase, ni lenguas simplificadas, ni lenguas criollas, sino un grupo de estudiantes que nunca descubrirá la fascinante y compleja genealogía lingüística de la frase: «*Him thief she mango*».

Además, después de la clase tengo que coger un avión a Estados Unidos. Tras las innumerables presiones transatlánticas de mis hermanas y consciente de que es un error, voy para asistir a la fiesta del nonagésimo cumpleaños de mi padre. Lo que falta por ver es qué clase de fiesta se puede celebrar a los noventa años, pero me imagino montones de platos de papel, ensalada de patata y cerveza tibia, y todo el mundo fingiendo no darse cuenta de que el homenajeado está enfurruñado en un rincón, gruñendo por lo bajo. Hace tiempo que mis hermanas dicen que el hilo con el que nuestro padre se aferra a la vida puede romperse en cualquier momento, y que saben que no siempre hemos opinado lo mismo (por decirlo suavemente), pero que si no voy pronto lo lamentaré el resto de mi vida, bla, bla, bla. «A ver —les digo—, ese hombre anda tres kilómetros todos los días, come cerdo a la brasa como para desabastecer a todo el estado de Nueva York, y no parece nada senil cuando te coge por banda al teléfono: nunca le faltan

argumentos para señalar mis defectos y meteduras de pata. Es más, con respecto a su tan cacareada e inminente muerte, en mi opinión ya nació muerto».

Mientras espero, me digo que este viaje (el primero en más de cinco años) no es la causa de esta inquietud, no justifica el ansia inexplicable de nicotina ni el tic nervioso del párpado. No tiene nada que ver, nada en absoluto. Simplemente hoy estoy un poco tenso. Nada más. Iré a Brooklyn, veré al viejo, me portaré bien, asistiré a la fiesta, le daré el regalo que ha comprado y envuelto mi mujer, charlaré con mis sobrinos, aguantaré los días precisos y... después me largaré echando leches.

Abro la puerta del coche y voceo al aire húmedo: «¿Dónde estás? No voy a llegar a la clase»; entonces veo una caja de cerillas medio aplastada en el suelo, entre los pedales. Desaparezco para cogerla, como un buscador de perlas, y resurjo triunfante con ella en la mano. En ese momento mi mujer abre la puerta con mucha fuerza y empieza a atar al pequeño en la sillita del coche.

Respiro al tiempo que enciendo una cerilla. Si salimos ahora lo conseguiremos.

Marithe se sube torpemente a su sitio; el perro se cuela como puede, pasa al asiento y de ahí al maletero; la puerta del copiloto se abre y mi mujer se mete en el coche. Me fijo en lo que lleva puesto: unos pantalones de hombre, ceñidos en la cintura con algo que se parece sospechosamente a una corbata mía de seda. Encima, un abrigo que sé a ciencia cierta que costó más de lo que gano en un mes (una cosa grande y horrible de cuero y *tweed* que se cierra con alamares), y en la cabeza, un gorro de piel de conejo con unas orejeras historiadas. «¿Otro regalo de Donal?», me gustaría preguntar, pero no, porque está Marithe en el coche.

—¡Fiu! —dice mi mujer—. Hace un día de perros.

Tira al asiento de atrás una cesta de mimbre, un saco de arpillera, algo que parece un candelabro de latón y, por úl-

timo, unas varillas de batir viejas y deslustradas.

No digo nada.

Meto primera y suelto el freno con una sensación ilógica del deber cumplido, como si lograr salir diez minutos tarde con la familia fuera el no va más; mando a los pulmones la primera calada del día y allí se deposita el humo, encorvándose como un gato.

Mi mujer alarga el brazo, me arranca el cigarrillo de la boca y lo apaga.

—¡Eh! —protesto.

—Con los niños en el coche, no —dice, señalando el asiento de atrás con un movimiento de cabeza.

Me dispongo a retomar el hilo y a ir por todas. Tengo toda una serie de contraargumentos que ilustran lo peligrosas que pueden ser las armas de fuego para los niños, comparadas con los cigarrillos... Pero mi mujer se vuelve, me clava una mirada del color del jade y me dedica una sonrisa tan íntima y tierna que el alegato que tenía preparado se va como agua por el sumidero.

Me toca la pierna rozando el límite de la decencia y susurra:

—Te voy a echar de menos.

Para mí, como lingüista, es una revelación la cantidad de formas que encuentran dos adultos para hablar de sexo sin que los niños tengan la más remota idea de lo que dicen. Es a la vez testimonio y celebración de la adaptabilidad semántica. Cuando mi mujer sonríe así y dice «te voy a echar de menos», en esencia significa «no lo voy a catar mientras estés fuera, pero en cuanto vuelvas, te llevo al dormitorio, te saco toda la ropa y me desquito». Entonces carraspeo y le respondo «yo también te voy a echar de menos», queriendo decir «voy a estar toda la semana deseando que llegue el momento».

—¿Cómo llevas lo del viaje?

—¿Lo de Brooklyn? —pregunto, procurando aparentar normalidad, pero las palabras me salen un poco entrecorta-

das.

—Lo de tu padre —aclara.

—¡Ah! —digo, describiendo círculos en el aire con la mano—. Eh... Va a estar bien. Seguro que a él... bueno, va a estar bien. Son solo unos días, ¿no?

—Es que —empieza a decir— creo que le...

Marithe debe de haberse dado cuenta de algo, porque de repente grita, un poco más fuerte de lo necesario:

—¡Cancilla! ¡Cancilla, *maman!*

Paro el coche. Mi mujer se quita el cinturón de seguridad, abre la portezuela de un empujón, se apea y la cierra de un portazo; desaparece del pequeño rombo de cristal, perlado de lluvia, de la ventana del copiloto. Al momento reaparece en el panorama del parabrisas alejándose del coche. Esto pone en funcionamiento alguna sinapsis preverbal del pequeño: el sistema neurológico le dice que ver alejarse a su madre es una mala señal, que quizá no vuelva nunca, que lo dejará morir aquí, que la compañía del atolondrado de su padre, que solo está presente a veces, no es garantía de supervivencia (no le falta razón). Suelta un alarido desesperado, como una señal a la nave nodriza: aborten la misión, solicitamos regreso inmediato.

—Calvin —digo, y aprovecho para recuperar el cigarrillo del salpicadero—, ten un poco de fe.

Entretanto, mi mujer descorre el pestillo de la cancilla y la abre. Suelto el embrague, piso el acelerador y el coche se pone en marcha; paso la cancilla y mi mujer la cierra.

Debo aclarar que hay doce cancillas entre la casa y la carretera. Doce. Eso significa que tiene que salir del coche doce veces, abrir y cerrar esas malditas cosas y montar otra vez. La carretera está a algo menos de un kilómetro, a vuelo de pájaro, pero se tarda una eternidad en llegar. Y si vas solo, es un esfuerzo ímprobo, y normalmente bajo la lluvia. A veces necesito algo del pueblo (leche, pasta de dientes, lo que suele acabarse normalmente en una casa), me levanto y, al darme cuenta de que tengo que abrir y cerrar nada

menos que veinticuatro cancillas entre la ida y la vuelta, me desplomo otra vez en el sillón y me digo: «Qué puñetas, ¿qué falta hace lavarse los dientes?».

Decir que la casa está apartada se queda pero que muy corto. Se encuentra en uno de los valles menos poblados de Irlanda, a una altura que evitan hasta las ovejas, y no digamos las personas. Y mi mujer eligió el rincón más alto y remoto posible, un rincón al que solo llega una pista forestal que cruza toda una serie de cercas para el ganado. De ahí las cancillas. Para llegar aquí hay que querer llegar de verdad.

La portezuela del coche se abre de repente y mi mujer vuelve a sentarse en el asiento del copiloto. Ya solo quedan once. El pequeño rompe a llorar de alivio. Marithe grita:

—¡Una! ¡Una cancilla! ¡Una, papi, ya hemos pasado una!

Es la única que se entusiasma con las cancillas. Al instante, un pitido histérico proveniente del salpicadero denuncia que mi mujer no se ha puesto el cinturón. No se lo va a poner, les aviso. El pitido y las lucecitas parpadeantes no cesarán hasta que lleguemos a la carretera. Un motivo de discordia en nuestro matrimonio: yo opino que vale la pena el esfuerzo de ponerse y quitarse el cinturón a cambio de evitar ese ruido infernal; ella no está de acuerdo.

—Volviendo a tu padre —prosigue mi mujer. Una de sus muchas cualidades es esa facultad que tiene de acordarse de las conversaciones inconclusas y reanudarlas—, la verdad es que...

—¿Por qué no haces el favor de ponerte el cinturón? —digo de repente.

No puedo evitarlo. Tengo un umbral muy bajo de resistencia al ruido electrónico repetitivo.

Vuelve la cabeza hacia mí con una lentitud infinita y suntuosa.

—¿Cómo dices? —inquire.

—El cinturón. Aunque solo sea esta vez, ¿por qué no...?